

el caso es que no sé de donde sale, cuando yo le creía á mil leguas de aquí!

— Efectivamente, se dijo que había marchado para viajar un par de años por Oriente, y apenas hace cinco meses que salió de París. He aquí una llegada repentina que por fuerza habrá incomodado mucho á la duquesa. Estoy segura de que no será ella sola quien maldiga este intempestivo regreso, pues Mr. de Saint-Remy participará de la misma pesadumbre.

— No concretéis tanto la idea, mi querida Sara; decid más bien que esa vuelta incomodará á todo el mundo. Mr. de Lucenay es bastante desagradable para que podáis generalizar la proposición.

— No por cierto: en esto no soy más que un eco. También se dice que Mr. de Saint-Remy, modelo de los elegantes y cuyo fausto ha deslumbrado á todo París, está muy próximo á su ruina, aunque su tren no disminuye; á bien que madama de Lucenay es riquísima.

— ¡Oh qué horrible!

— Pues en esto tampoco soy más que un eco.

— ¡Ay Dios mío! El duque nos ha visto y viene hacia acá: es indispensable resignarse, porque no hay en el mundo hombre más insoportable. Tiene tan mal tono, se ríe con tanto estrépito de sus sandeces, es tan inquieto que atolondra: si tenéis apego al frasco ó al abanico preparaos á defenderlos contra él, porque tiene la gracia de romper todo lo que toca, y lo hace con el aire más festivo y más satisfecho.

El duque de Lucenay que pertenecía á una de las primeras casas de Francia, que era joven todavía y cuyo rostro no hubiera sido desagradable á no afearlo la excesiva longitud de sus narices, reunía á su agitación y turbulencia perennes, unas carcajadas y unas voces tan atronadoras, dichos y zumbas de tan detestable gusto, y actitudes tan inesperadas y desenvueltas, que á cada momento era preciso recordar su nombre para que no causara admiración el verle entre las personas más cultas y distinguidas de París. Todos huían de él como de un apestado por más que tuviese cierto talento que se descubría al través de su constante charlatanería. Era una de aquellas personas vengadoras á cuyas manos desea uno que vayan á parar las gentes ridículas ó aborrecibles. La duquesa de Lucenay, señora amabilísima y de las más elegantes de París, había dado mucho que hablar; pero casi se excusaba la ligereza de su conducta al acordarse de las insoportables extravagancias de su marido.

Otro rasgo singular del carácter impertinente del duque era su intemperancia y el cinismo inaudito con que suponía y describía enfermedades vergonzosas y ridículas en las personas con quienes hablaba, y de las cuales se compadecía en alta voz delante de todos. Como era valiente y preveía las consecuencias de su humor extravagante, había dado y recibido algunas estocadas, sin que esto produjese la menor enmienda.

Hecha esta descripción, procuraremos ahora que llegue á los oídos del lector la voz ingrata y penetrante del conde de Lucenay, que apenas descubrió á Sara y á la marquesa se puso á gritar: ¡Ola, ola! ¿qué significa eso? ¿qué es lo que veo? ¿la dama más hermosa del baile está allí arrinconada? ¿Yesto se permite? ¿Con que es preciso que vuelva yo de los antipodas á poner término á semejante escándalo? Si continuáis sustrayéndoos á la admiración general, os lo advierto de antemano, marquesa, gritaré como un calavera que ha desaparecido el más bello adorno de esta fiesta. Y como epílogo de este apóstrofe se dejó caer en el diván al lado de la marquesa, cruzó la pierna izquierda sobre el muslo derecho y se cogió el pie.

— ¡Cómo, caballero! ¿habéis vuelto ya de Constantinopla? preguntó la marquesa separándose del duque.

— Vos decís lo que mi mujer ha pensado; estoy seguro de ello porque esta noche no ha querido acompañarme en mi nueva presentación en el mundo. ¿Os parece regular que cuando viene uno á sorprender á sus amigos lo reciban de este modo?

— Es muy sencillo, dijo la marquesa sonriéndose; os era tan fácil ser amable... allá...

— ¿Es decir, continuar ausente, no es esto? Lucenay bajó la pierna, y dando golpes en el sombrero como en una pandereta gritó:

— Lo que decís es horrible, es infame.

— Por el amor de Dios, dijo la marquesa algo incomodada, no gritéis tanto y estaos quieto, pues de lo contrario nos marcharemos.

— ¿Marcharos? Como sea para tomar mi brazo y dar una vuelta por la galería no hay inconveniente.

— ¿Con vos? no por cierto. Vaya, duque, dejad estar el ramillete; por Dios no toquéis el abanico que vais á romperlo como hacéis siempre.

— Si no es más que eso no sería el primero que he roto: pocos días atrás hice pedazos uno chinesco y magnífico que madama de Vaudemont había regalado á mi mujer. Durante la conversación el duque se había ocupado en tirar hacia sí las enredaderas que sobre la cabeza tenía, y á fuerza de tirones acabó por desprenderlas del árbol, se vinieron abajo y le cubieron la mitad del cuerpo. Soltó entonces tan estrepitosas y locas carcajadas, dió unas voces tan altas y descomunales, que madama de Harville hubiera huido de tan incómodo personaje á no haber descubierto en el jardín á Mr. Carlos Robert (el comandante de madama Pipelet); y temiendo la marquesita dar motivo á que se creyese que le salía al encuentro, se resignó á permanecer al lado del estrepitoso duque de Lucenay.

— Decid la verdad, madama Mac Gregor, ¿no os parecía una ninfa, un dios Pan, un Silvano, un salvaje cuando estaba cubierto de hojas? — dijo Mr. de

Lucenay dirigiéndose á Sara y acercándose á ella bruscamente. — Y ya que hablamos de salvajes, voy á referiros un cuento algo atrevido... Figuraos que en Otaití...

— ¡ Señor duque!... — le dijo Sara con un tono severo y glacial.

— Peor para vos, no sabréis mi cuento : se lo referiré á madama de Fonbonne que allí viene.

Madama de Fonbonne era una mujer de cincuenta años, gorda, pequeña, ridícula y muy presumida : tenía la barba unida con el pecho, ponía á cada paso los ojos en blanco y hablaba continuamente de su alma, de la sensibilidad de su alma, de la languidez de su alma y de la fogosidad de su alma... Á estas cualidades impertinentes reunía aquella noche la de llevar un espantoso turbante de tela color de cobre con cenefa verde.

— Sí, señora, reservaré mi cuento para madama de Fonbonne — gritó el duque.

— ¿De qué se trata, señor duque? — preguntó madama de Fonbonne haciendo gestos y contoneándose y empezando á poner los ojos en blanco.

— Se trata, señora, de un cuento horrendo, algo verde, increíble.

— ¡ Ay, Jesús! ¡ qué horror! ¡ Y quién tendría el atrevimiento de?...

— Yo, señora, yo; es un cuento de que se avergonzaría un carnicero. Pero como conozco vuestro gusto desordenado... os lo voy á referir.

— ¡ Caballero! parece imposible que os permitáis....

— ¿ Sí? pues tampoco sabréis el cuento. Pero hablando de otra cosa, lo que á mí me parece imposible es que una persona que siempre se viste tan bien y con tanto gusto se nos venga esta noche con un turbante ¡pero qué turbante, santo Dios!... palabra de honor, señora, parece una cacerola vieja cubierta de cardenillo.

Y el duque soltó una terrible carcajada.

— Si habéis venido de Oriente para empezar de nuevo con vuestras chanzas groseras — dijo irritada la gorda señora — podéis estar seguro de que nadie os dará la bienvenida...

Y esto dicho madama de Fonbonne se retiró majestuosamente.

¿Qué tal, madama Sara? ¿no os parece que es preciso ser un paciente cordero como yo para no arrancar las guedejas y el diabólico turbante á ese tonel?... Pero no, la respeto... porque es huérfana... ¡Ja, ja, ja, ja! — y el duque de Lucenay rió con gran estrépito. — ¡Hola! ¡ allí viene el caballero Carlos Robert! Lo he hallado en los baños de los Pirineos... ¡qué buen mozo! ¡qué figura tan interesante! ¡qué voz! ¡canta como un ruiñón!... Ya veréis, marquesa, ya veréis como lo vuelvo tarumba... ¿Queréis que os le presente?

— Estaos quieto y dejadnos en paz — dijo Sara volviendo la espalda al duque de Lucenay.

— Mientras que Mr. Carlos Robert se adelantaba poco á poco y como distraído mirando á las flores, el duque de Lucenay maniobró con tal habilidad que consiguió apoderarse del frasquillo de esencias de Sara, y empezó á abrir la tapa y á hacer otras diabluras con aquella joya.

Carlos Robert seguía acercándose : era de alta estatura y bien proporcionado, no había en sus facciones una sola irregularidad y vestía con suma elegancia ; pero su fisonomía y sus maneras carecían de atractivo, de gracia y de distinción : había en su aspecto y en sus modales cierta falta de elasticidad, y sus pies y manos eran grandes y vulgares. Cuando vió á la marquesa de Harville eubriósele el rostro de una profunda melancolía, demasiado repentina para ser natural, pero muy bien imitada. Era tal la expresión de tristeza y abatimiento del señor Carlos Robert cuando se acercó á la marquesa, que ésta hubo de acordarse de las siniestras palabras de Sara sobre los excesos á que podría entregarse aquel hombre en su desesperación.

— ¡ Buenos días, amigo! — dijo el de Lucenay saliéndole al encuentro : — no he tenido el gusto de veros desde las aguas de... ¿ Pero qué diablos tenéis? ¡ parece que estáis enfermo!

— Al oír esto Carlos Robert dirigió una mirada melancólica á la de Harville, y respondió al duque con voz compungida :

— En efecto, señor duque... padezco... bastante.

— ¡ Válgame Dios, qué desgracia! ¿ con qué no podéis curaros de ese maldito muermo? — le dijo el de Lucenay con la expresión del más vivo interés.

Al oír tan descabellada pregunta, quedó Mr. Robert por un momento estupefacto y atónico : encendióse el rostro, y con cólera mal reprimida dijo secamente al de Lucenay :

— Ya que tanto os inquieta mi salud, caballero, no dudo que mañana iréis á visitarme.

— No tal, caballero... eso no... enviaré en tal caso — dijo el duque con altivez.

Carlos Robert saludó y se alejó al momento.

— Lo particular es que no tiene más pituita que el gran Turco — dijo Lucenay sentándose otro vez de sopetón al lado de Sara : — á menos que no le haya adivinado el mal sin querer. ¿Qué os parece, madama Mac Gregor? tendrá el muermo ese caballerete, ó no?

Sara se apartó bruscamente del duque sin responderle.

Todo esto pasó con la mayor rapidez. Sara había contenido con dificultad la risa al oír la extravagante pregunta del duque de Lucenay al comandante ; pero la de Harville sintió el más agudo dolor al imaginar la cruel situación de un hombre que se ve tan ridículamente interpelado delante de la mujer amada. Preocupada con la idea de un duelo é impelida por un sentimiento